

Juan Ramón Jiménez: sobre la muerte

Según nos cuenta Martínez Torrón, Juan Ramón Jiménez (JRJ, en adelante) tuvo siempre el proyecto de editar un libro con ese título, nombre de uno de los temas que le obsesionaban. Lo escribió entre 1918 y 1924, mas nunca lo dio a la imprenta como tal, aunque algunos de sus poemas fueron publicados en otras obras (el editor, entre las páginas 160-171 estudia las variantes más importantes y señala la procedencia de cada poema y, en su caso, aquéllos que son inéditos).

La intención de JRJ fue articular el libro en tres partes, según el esquema recogido (p. 20):

- I. El olor de la muerte, el miedo a la muerte, invocación a la muerte, definición de la muerte, la muerte de la persona amada, la propia muerte, el sueño y la muerte, la fusión con el todo.
- II. El amigo y la muerte, el amor y la muerte, reflexión sobre la muerte, interrogación sobre la muerte, fusión panteísta.
- III. La propia muerte, el revivir, panteísmo final, epitafios.

En este comentario nos limitaremos a señalar algunas de las líneas que se adivinan en esta colección de poemas y algunos textos en prosa.

1. ¿QUÉ ES LA MUERTE?

Entre la definición y la descripción, nuestro autor intenta aprehender en las palabras, y no sólo aprehender sino expresar, que es lo difícil, qué sea el morir.

- A. «¡Breve definición de la muerte, / y exacta! En dos palabras, / todo está concluido» (p. 43). Conclusión y acabamiento, final. «Muerte, di, ¿y qué eres tú sino silencio, / calma y sombra. / ¿Qué eres tú muerte, sino música que deja de sonar?» (p. 144). La muerte, en una perspectiva es ausencia de vida, es lo otro de lo vivo: es el silencio frente al sonido, la calma frente a la actividad, la sombra frente a la luz. Su fin. Pero no es ésta la única.
- B. Porque en otra, la muerte no es lo otro de la vida sino otra vida, no la no vida sino la vida que se reconcentra y unifica, que se interioriza. «Morir es sólo / mirar adentro; abrir la vida solamente / adentro; ser castillo inexpugnable / para los vivos de la vida» (p. 51). O, «Morir es sólo / no distraerse más» (p. 52); y morir es «ser todo uno, no esparcido, / ser sólo uno para siempre» (p. 54); o, más adelante, «y estar muerto es estar con uno mismo, con uno solo; y olvidarse inmensamente de la vida esta y sumirse profundo en uno uno» (p. 143).
- C. Este carácter de ser vida-en-otra-forma es lo que inspira otra descripción de la muerte: ésta no como fin sino como viaje: «Pero morir es viajar, / morir es transcender». (p. 68).

2. LA MUERTE Y LA VIDA

Porque al final muerte y vida, ser humano y muerte son como el anverso y el reverso de una misma moneda. «¿No estás aquí conmigo gustosa trabajando; no estás, ociosa del sofá, conmigo? ¿No te toco tus cuencas en mis ojos?... ¿Qué verás, qué dirás, adónde irás sin mí?» (p. 41). O, «¿Qué hacemos, cada día, / más que matar? ¿Cada acto / nuestro no es una muerte? Nuestra vida, / ¿no es meter ataúdes / en los agujerillos / de los instantes? / ¿Qué cementerio el tuyo vida mía!» (p. 133). O «¿Cómo fundiste en una! las dos, que son las dos y cada una; / que no se sabe —¡ay de nosotros!— / cuál es la vida, cuál la muerte» (p. 115). Indisolubilidad coronada por la plenitud que el morir supone.

3. EL MOMENTO DE LA MUERTE

No en orden a su descripción, sólo posible desde la absoluta exterioridad del que ve morir, sino desde el convencimiento de que, como reverso de la vida, la muerte siempre llega en el *momento justo*. «Y luego, al fin —¡qué gozo!—, en su momento justo, / la suprema delicia, el cumplimiento / —janochece, eterno amanecer!— / del secreto infinito de la muerte» (p. 114).

Mas en el momento justo porque la muerte acaba de redondear la vida, de darle su forma definitiva, su completud: «Yo no seré yo, muerte, / hasta que tú te unas con mi vida / y me completes así todo; / hasta que mi mitad de luz se cierre / con mi mitad de sombra» (p. 78).

4. MORIR: LA UNIDAD DE LA FRAGMENTACIÓN

«El fin está en el centro... / Y todos los destinos aquí salen, / aquí entran, aquí salen, aquí están. / Tiene el alma un descanso de caminos / que han llegado a su único final» (p. 142). El fin unifica o une —quizás anudando— la multiplicidad de caminos que compone el vivir de cada cual. La muerte acaba con la dispersión: la muerte es unidad, «uno en lo uno» (p. 130).

5. LA MUERTE Y EL MÁS ALLÁ

Ya nos referimos a la imagen de la muerte como viaje más que como punto final, como unidad más que como desintegración. Porque la muerte es tránsito: «la muerte es el reposo / del día de la vida; / para que despertemos descansados / en el día total del infinito» (p. 72); o «Reviviremos muertos a la vida, / que la muerte nos vive / nos revive con los abriles» (p. 110). Tránsito explicado desde las varias metas posibles.

A. A un vivir eterno, pues «saldremos fuertes, exactos, / para un vivir tan eterno / como ella, para un trabajo inmortal» (p. 73).

- B. Como interiorización en un mundo infinito, «y estar muerto es estar con uno mismo, con uno solo; y olvidarse inmensamente de la vida esta y sumirse profundo en uno uno, hasta quedar lejano (inmensamente) del contorno... Pero dentro será el mundo infinito, más grande que éste» (p. 143).
- C. El más allá como el más acá, en mi dispersión sobre la totalidad una: «¡Qué grato el irse, cuando se queda uno en todo!» (p. 152).
- D. En la línea unamuniana de la inmortalidad en la obra. En ésta va quedando el hombre, hasta el punto de que uno se puede vaciar totalmente, quedar un puro continente, algo que ya no soy yo «¡Crear, recrear, vaciarme, hasta / que el que se vaya muerto, de mí, un día, / a la tierra, no sea yo» (p. 67); también, «toda mi alma / —vacuada ya por mí en la obra plena— / segura para siempre» (131); por lo que queda «tan poco, huesos míos, / lo que le haya dejado yo de mí» (id.); «dejarle este pelele negro / de mi cuerpo, por mí» (p. 67). Y «nada me importa esta muerte / que es la caída del cuerpo. / No me moriré al morirme / de esta manera de aquí» (p. 77). Y si no muero cuando muera el cuerpo, porque yo ya no soy ese cuerpo (distingue entre «yo de adentro» y «yo de arriba»), es que ha muerto la muerte.

6. LA MUERTE DE LA MUERTE

El yo de adentro, dúctil y maleable, frente a la rigidez material del yo exterior. Me permite, ya está hecho, rehacerlo, recrearlo, modificarlo. Me permite quedar y salir en aquello que es fruto de la creación. El más allá es continua y naturalmente el más acá del creador, la creación es mi recreación, el depósito donde voy siendo y quedando. Igual que la vida es la muerte, el acá en la vida va siendo un continuo más allá. De donde podríamos ir concluyendo que quizás no haya muerte, «¿No seré yo, muerte, tu muerte, a quien tú, muerte, debes sufrir, mimar, amar?» (p. 41). Además porque en la medida en que somos pasado —y la creación/la obra, naturalmente, es pasado— nunca pasamos: «No está muerto el pasado, / y la ruina vive, / y muertos viviremos muertos, / si vivi-

mos, / mientras viva la vida. / No es nuestra vida la que muere, / porque no muere lo que ha sido. / Lo que muere es la muerte» (p. 148).

7. ANTE LA MUERTE

Así, no cabe el miedo, «¿cómo tener miedo, muerte, / mujer enamorada?» (p. 40); ni la tristeza, «el olor de la muerte es triste sólo / cuando no queda el que se va» (p. 38); aunque no puede ser ignorado lo terrible del momento, «¡Libro terrible —¡muerte!— / y terrible momento / cuando —niños para él— nos toca / aprenderlo» (p. 49).

En resumidas cuentas, y aunque no pueda ser ignorado, como decimos, JRJ nos presenta una visión fundamentalmente positiva y optimista del existir y del morir:

No somos más que un débil saco
de sangre y huesos,
y un alfiler, verdad, puede matarnos;
pero corre en nosotros la semilla
que puede dejar fuera de nosotros
la mariposa única,
de luz sólo y sólo nuestras,
sin piel, red ni armadura,
ni posibilidad de ser cazada
por nada humano ni divino,
el ser invulnerable,
inmaterial, tan largo como el mundo,
que colma, libre, lo infinito
y sale de él a lo imposible.

JOSÉ CERCÓS SOTO

I.B. Diego Guzmán y Quesada

Huelva